

UN ESFUERZO INÚTIL

Este texto es parte de *El libro de las diatribas* (Editorial Vinilo), en el que once escritores escriben en contra de algo. Acá, Osvaldo Baigorria, narrador y ensayista, dispara con humor y argumentos incisivos contra el trabajo.

Osvaldo Baigorria

Es escritor, periodista y docente. Publicó *Llévatela, amigo, por el bien de los tres*, *En Pampa y la vía*, *Georges Bataille y el erotismo*, *Correrías de un infiel*, *Un barroco de trinchera*. Cartas a Baigorria de Néstor Perlongher, *Anarquismo trashumante*, *Sobre Sánchez*, *Cerdos & Porteños*, *Poesía estatal*, *Indiada* y *Postales de la contracultura*, entre otros libros.

Que me pidan escribir una diatriba contra el trabajo es parecido a que me inciten a militar contra la militancia o activar por la inacción, puño en alto, exclamando “¡Viva el ocio!”: un despropósito. Habría que armar un discurso con invectivas, críticas y argumentos que fundamentaran el género diatriba en este caso. Pensarlo no sería el problema, lo he pensado a lo largo de toda mi vida. Nací en familia de clase obrera, sé de lo que hablo: siempre tuve que ganarme el pan con el sudor de mi frente. Por eso creo que es cosa de seres humanos el pensar y cosa de máquinas el trabajar. Sentarme a un escritorio a inclinar mi espalda sobre un teclado y tipear letra tras letra, palabra tras palabra, para escribir un ataque al trabajo, me parece una tarea odiosa e inútil: no hay correspondencia entre los medios y los fines. El trabajo triunfaría en toda la línea si hay que ponerse a trabajar para criticarlo.



La era de las revoluciones en el siglo XIX y XX habilitó a pensar que el derecho al ocio debería ser extensible a todo el mundo. La innovación tecnológica sustentó este sueño verdaderamente libertario.

En primer lugar, el trabajo en todo emprendimiento humano busca siempre el más bajo nivel jerárquico. Esta ley de Murphy ya la conocían los antiguos griegos y romanos, para quienes el trabajo era inferior a la vida intelectual, esa que solo era posible en el tiempo del llamado *otium*. El ocio era opuesto al negocio. El ocio era contemplación, escuela, conocimiento de sí y del mundo. Para crear, se necesita estar ocioso. Claro que aquel ocio clásico era efecto de una libertad que requería la esclavitud de otros que realizaran las “artes serviles”, o sea, precisaba que hubiera clases sociales. Los más desposeídos siempre se preguntaron: ¿se puede vivir sin trabajar? O con atenuantes: si no se puede dejar de trabajar, ¿cómo hacer para trabajar menos?

La era de las revoluciones en el siglo XIX y XX habilitó a pensar que el derecho al ocio debería ser extensible a todo el mundo. La innovación tecnológica sustentó este sueño verdaderamente libertario, ya que empezaron a crearse condiciones para que la alta productividad y la automatización pudiesen liberar a la humanidad de las tareas más rutinarias o pesadas y así reducir gradualmente la cantidad de horas de trabajo requerido para la supervivencia. Sin embargo, para la realización de esta utopía se precisaba lidiar con un pequeño detalle: había que expropiar a los grandes capitales, socializar los medios de producción y redistribuir la riqueza para que los beneficios de la tecnología pudiesen ser disfrutados por todo el mundo. Ocurrió precisamente lo contrario: los avances técnicos han producido más desigualdad y más trabajo basura.

Los ejemplos están a la vista: hoy, internet, la robótica y el imperio de las telecomunicaciones permiten que empresas privadas y estatales reduzcan personal y despidan gente que ha trabajado toda su vida, condenándola a retiros anticipados y a jubilaciones de miseria. En vez de tener una persona atendiendo una ventanilla, hay un robot que por whatsapp te indica qué foto hay que mandar para hacer un trámite, un estudio médico u obtener ayuda incluso en emergencias.

Y las personas despedidas no gozarán de la renta suficiente para dejar de trabajar, sino que tendrán que arreglárselas como puedan. En un mundo más justo, las empresas deberían asumir el costo de ahorrar personal gracias a las innovaciones técnicas, garantizando a todo el mundo una renta universal suficiente para vivir. Pero en este sistema automatizado, en el que la digitalización y los dispositivos de comunicación móvil en red producen una compresión constante del espacio-tiempo, fragmentándolo en infinitos objetos de distracción y consumo que nos dan una ilusión de libertad y una vida de esclavos, malvivimos ocupados y auto explotados las 24 horas del día.

En segundo lugar, el trabajo es adictivo. Alguien objetará que es necesario para organizar la existencia cotidiana y alejar los fantasmas de la angustia, el sinsentido de la vida e incluso las adicciones. Qué paradoja cruel que para evitar esos fantasmas haya que trabajar: ¿qué, el animal humano no puede estarse quieto, tranquilo, sereno, en el transcurso de su día a día si no trabaja? Esto habla más de nuestras limitaciones que de las bondades del trabajo. Que el precio a pagar para encontrar algún sentido sea el desgaste corporal que, tarde o temprano, provoca el trabajo es ya una señal de que algo anda mal en nuestra relación con la vida. El trabajo no solo ocasiona múltiples patologías psicosomáticas, enfermedades cardiovasculares y hasta cáncer —si incluimos los innumerables contaminantes con los que las industrias agreden a sus empleados y vecinos por prepotencia de trabajo— sino que también suele ser causal de estrés, divorcios, separación entre padres e hijos y de una erosión constante de sólidos valores espirituales como el *dolce far niente*, la meditación y la contemplación: esto los trabajólicos bien lo saben. Y la compulsiva adicción al trabajo no es menos dañina que las otras, porque te engancha al consumo —otra droga peligrosa— que te consume y de paso consume recursos naturales. Una diatriba contra el trabajo ya no puede menos que abarcar una crítica al consumismo; escribo el sufijo “ismo” para distinguir esta obsesión ideológica de las que serían formas de consumo necesarias e incluso imprescindibles, como el alimento, el refugio, las indumentarias para protección y abrigo.

En tercer lugar, el daño al medio ambiente que ocasiona el trabajo es indiscutible: saquea a la naturaleza y provoca cambios climáticos. ¿Todo trabajo? No, claro: lo que pueda hacer el personal médico, los bomberos voluntarios, la gente involucrada en emergencias o en tareas de cultivo de la tierra y cuidado de quienes sufren, constituyen un tipo de trabajo necesario y hasta deseable. Más aún en medio de las catástrofes que producen los excesos de trabajo en todo el planeta. Se dirá que esto último no es culpa del trabajo sino de la ambición y de la codicia; bueno, van de la mano.



No es precisamente la ayuda a quienes sufren aquello que motiva a empresarios y funcionarios a rociar los sembradíos con pesticidas e iniciar exploraciones marítimas o subterráneas para extraer combustibles fósiles, después de lavar el cerebro vía medios de comunicación a masas necesitadas y desinformadas para que acompañen con sus cuerpos esos desatinos. Ahí el trabajo es fuente de los peores accidentes laborales y de enormes desequilibrios sociales y ecológicos. Sin mencionar que es la cuna de todas las guerras. Las guerras dan muchísimo trabajo, producen armamentos, operativos costosos, desplazamiento de gente y materiales, todo en aras de la destrucción y la muerte (y después algunas empresas también ganarán dinero poniendo a trabajar mano de obra en la reconstrucción de países enteros).

Por último, ¿hace falta un discurso contra el trabajo en un libro que para ser publicado utilizará una determinada cantidad de pulpa de papel, árboles, suelo, etc.? Aunque comparado a lo que emplea la gran industria en publicar una inmensa cantidad de otros libros inútiles que idiotizan y confunden a la gente, además de todo tipo de publicidad e información inservible, el daño a la Tierra y a la vida social que pueda ocasionar este libro sería mínimo e irrelevante. Es cierto que este también será un objeto de consumo que alguien tendrá que producir, distribuir y vender, mientras otra gente tendrá que pagar por el producto, ocupar tiempo en leerlo, comentarlo, y así de seguido, participando del mismo sistema que critica. Pero insisto en que el consumo no es malo en sí mismo, solo su abuso, y siempre será preferible consumir algo que a uno lo disuada de seguir consumiendo que cualquier otra cosa que estimule la adicción.

Ahora bien: ¿quedan eximidas la literatura y las artes de este anatema? Depende: cuando el arte da mucho trabajo, tiende a dejar de ser arte.

En un mundo más justo, las empresas deberían asumir el costo de ahorrar personal gracias a las innovaciones técnicas, garantizando a todo el mundo una renta universal suficiente para vivir.

Quizá pueda llegar a ser un bien de mercado. El hecho de que los modelos económicos dominantes, desde el capitalismo transnacional al capitalismo de Estado, no puedan siquiera imaginar un sistema que no se base en la incesante producción, compra y venta de mercancías para mantener ocupada a la creciente población del planeta, revela una inquietante limitación o falla en la inteligencia terrícola. En el futuro, puede que alguna especie con capacidad de razonamiento dilucide y explique qué llevó a la humanidad a ocupar, manipular, comprar, vender y destruir el suelo, el agua y el aire de la Tierra de este modo y de paso, destruirse a sí misma. Para entonces, las preguntas que hoy nos hacemos sobre ocio, trabajo y supervivencia ya no serán las mismas. No sé cuáles serán ni si habrá alguien ahí para hacerle preguntas.

Mientras tanto, escribo esto poniéndome a mí mismo la zanahoria de dar vueltas en torno al objeto “diatriba” pero si me preguntan de veras, si tuviera la opción, preferiría no sentarme a escribir sino ir a nadar, fumar, escuchar música o caminar. Casi preferiría que alguien escribiese una diatriba por mí; podría hasta ponerle mi firma. Tendría que ser una con la que yo estuviese plenamente de acuerdo, por supuesto, aunque también podría acomodarme a algún desacuerdo en función de preservar mi tiempo de ocio. Recomendaría a quien quisiera escribirla que jamás lo considere un trabajo, porque aquello que no se hace por dinero paradójicamente deja de sentirse como trabajo y tiene altas probabilidades de devenir juego e inclusive ocio. Pero seré razonable: también puede cobrar por ello; después arreglamos.

En resumen: si alguien tiene ganas de jugar a que escribe una diatriba contra el trabajo, que lo haga. Si se le ocurre ampliar, corregir o borrar todo lo que hasta aquí he escrito y empezar de nuevo, adelante. Puede plagiar o citarme, si así lo desea.

En tal caso, muchas gracias. Espero que lo disfruten. ■